



NÚM. 146

BARCELONA, 22 FEBRERO 1902

25 CENTS.

Ayuntamiento de Madrid

# MI AMIGO GODINEZ

Yo, Pedro Pérez, mayor de edad y señor de edad, todavía tengo gusto en recordar mis buenos tiempos de estudiante y de galanteador recaleitrante, como si el vivir del recuerdo de aquellos tiempos ya remotos me quitara algunos años de encima.

El resultado es nulo para los efectos de aliviar la carga que el tiempo me echó encima, pero al fin y al cabo mientras dejo á mi espíritu recrearse en la historia de mi juventud no me parece que perdí mis horas, y me digo: Pedro Pérez, tuyo fué el mundo, aunque por muy pocos días; has llegado á viejo, más fuiste joven y durante tu feliz mocedad triunfaste y campaste por cuenta de la alegre primavera de la vida. No has perdido como otros el tesoro de los pocos años.

Cuando recuerdo á muchos de mis compañeros de Universidad, completamente consagrados á Minerva, me río como un bendito y gozo como un bienaventurado.

Estoy viendo ahora á Godinez, buen chico, formalito, serio, juicioso, perfecto modelo de estudiantes. No faltaba un día á clase, no perdía ni una sola palabra de las múltiples y diversas lecciones que oía durante el día. Si tenía un rato de vagar lo aprovechaba para asistir, en calidad de oyente y á modo de plus de su campaña científica á cualquiera cátedra, la que fuere, la que se daba á la hora que él tenía libre á la sazón.

Más tarde, cuando terminó cubierto de laureles y diplomas y premios las dos carreras que acometió á un tiempo, Derecho y Filosofía y Letras, se arrojó á las bibliotecas como el que se tira á un pozo y de allí no salía ni para almorzar en casa de la patrona hasta que se chapuzó en una universidad en clase de catedrático y en varias academias en calidad de miembro de los más conspicuos...

Y yo me divertí al recordar á mi amigo Godinez, al cual por cierto le enterraron ayer cargado de títulos pero que en su vida supo lo que era comer callos y caracoles en las ventas y beberse



alegremente una botella de Champagne...

Todo en compañía de buenas mozas.

¿Como ustedes habrán comprendido por los callos, los caracoles y el champagne, cosas antagónicas, como decía un compañero mío de excursiones por los campos del amor, el mío ha recorrido toda la escala social desde la Paca que garbo el de la Pacal hasta la señora X que aire el de la señora X!

Esto casi es triste el recordarlo; pero en fin por otro lado consuela, sobre todo al ver pasar el entierro de Godinez que nunca supo lo que eran caracoles ni champagne. Godinez, el Excmo. é Illmo. señor Godinez me tenía poco afecto, —menos le profesaba yo,—me reconoció una ó dos veces, por compromiso, como condiscípulo, pero en el gesto, —un gesto que nada tenía de bello,—comprendí que había formado de mí muy pobre idea. No me extrañaba, porque cuando en cátedra de Romano yo me atascaba en la Instituta, el profesor, un hombre terrible que hubiera pasado por las armas, si dispusiera al efecto de cuatro números

y un cabo, al nacido que no supiera al pie de la letra los preceptos del Derecho de Roma, le interrogaba á Godinez, y Godinez siempre enterado contestaba sin dejarse ni un punto ni una coma dejándose á mi pegado á la pared.

Aunque la derrota no me llegaba al alma para vengarme de él, de el sabio Godinez, le decía al salir de clase: Tú sabes al dedillo cuantas formas de contratar tenían los romanos; yo en cambio se donde se vende en el presente momento histórico la mejor sidra que se vende en Oviedo. Á Godinez aquello no parecía conmoverle, pero tanto peor para él, porque á mi juicio y al de gran número de nuestros compañeros que oían la pregunta, Godinez cada vez descendía más ante nuestros ojos.



—Do ut des,—añadía yo mirando con aire de triunfo á Godínez;—si tú me apuntas mañana la lección, yo te digo donde se bebe la mejor sidra, una sidra digna de Justiniano y además te recomiendo á unas señoras, matronas respetables. No podrás hablar con ellas de Heinecio ni de la Serna, más en cambio pasarás el rato muy divertido, se juega á la lotería y se bailan rigodones... Es una casa muy formal, pintiparada para un hombre como tú que ya usas antiparras y tiene en casa 400 cuadernos de á real llenos de apuntes. Ya ves, el cambio de servicios es bueno y además allí no perderás el tiempo porque también puedes apuntar... á la lotería.  
¡Que tiempos y que Godínez!

..

Pues bien, señores, yo he conocido muchos Godínez y cada vez estoy más satisfecho de ser Perico Pérez.

Ni soy sabio, ni soy académico, ni soy erudito, ni soy siquiera un mero hombre culto. Tampoco soy un perdido como pueden haber creído algunos espíritus aficionados á formar juicios temerarios. ¿Quién soy yo? Un hombre que no ha exagerado y que por temperamento y por carácter supo en su vida ajustarse al medio y que cuando tuvo que inclinarse se inclinó del lado de la libertad, es decir, se guió más por el corazón que por la cabeza.

Godínez, al contrario, siempre se dejó guiar por el cerebro, fué siempre un cerebro andando sobre dos pies. Ahora, al llegar al renglón que escribo, recuerdo la primera aventura que ambos tuvimos andando ya por esos mundos de Dios con nuestra investidura de licenciados in utroque iuris.

Yo, aunque me esté mal el decirlo, salí tan limpio de leyes positivas de la Universidad como había entrado. Godínez... ¡Dios de Dios! Godínez se sabía de cabo á rabo hasta la ley de enjuiciamiento civil y criminal.

Pues es el caso, —porque si no no concluyo nunca,—que Godínez y yo salimos el 24 de junio de mil ochocientos y pico de la Universidad donde nos habíamos educado. Tomamos el tren y después de varias horas de viaje, montamos en la diligencia con dirección á la ciudad castellana donde nuestros padres vivían.

En el coche correo aparte de nosotros solo iban dos viajeras, madre é hija. La madre era una respetable matrona, con buen aire y buen aspecto, pero redicha, y la hija un ángel desde todos los puntos de vista que el espectador la contemplase.

Muy bien, ya vamos de camino al asunto. —Nos aposentamos Godínez y yo en el carruaje. Godínez frente á la madre y un servidor de ustedes, —frente á la hija.

Á la primera legua que anduvo el coche yo cambié miradas amorosas con la hija y Godínez aplicando la tecnología del derecho á los accidentes del paisaje, cosa bastante difícil, pero para él muy llana, se conquistó incontinenti las simpatías de la respetable dama.

—Usted es jurista,—le dijo la desconocida, no en tono de duda sino afirmativo.

—Lo soy y para servirle,—contestó Godínez sumamente satisfecho.

Y á partir de este punto ambos se enfrascaron en una interesante conversación. Aquella señora seguía un pleito muy enrevesado.

Godínez, en sus glorias, atendía con profunda atención al asunto y de vez en cuando comentaba con una frase atinada cualquier incidente, ó indagaba cualquiera noticia que él consideraba útil.

La noche llegó poco á poco.

Como yo, por la oscuridad no podía hacer uso de mis más ardientes miradas, había acudido á la palabra y con una elocuencia que en nada se parecía á la de Godínez declaré á mi linda



compañera de viaje mi propósito de declararle mi amor antes de haber llegado al término de nuestro viaje.

De aquella aventura todavía conservo dulces memorias y todavía lloro de risa al recordar á Godínez.

Los días de verano son largos y aburridos en una capital castellana de tercer orden.

En consideración á esto no es raro que aquella linda muchacha y yo procurásemos matar el tiempo amándonos como dos tortolitos. ¡Fué un verano delicioso! ¡Nunca olvidaré á Flora!

¡Ni Godínez olvidaría á doña Justa mientras vivió!

Yo como ya he dicho, amé todo aquel verano con una fuerza inextinguible á mi juicio.

Todas las tardes Godínez iba á buscarme al casino para visitar á nuestras amigas y mientras yo conjugaba con Flora el verbo amar, él se enfrascaba en sesudas y graves disquisiciones que versaban sobre el pleito de marras con doña Justa.

¿Que como terminó la presente aventura? Así, Godínez, lleno de ilusiones, una mañana de agosto en la que se sudaba el quilo vistió la toga, fué á la Audiencia y defendió el pleito de doña Justa. ¡Lo ganó, voto á bríos!

Pero doña Justa ¿como ofender á Godínez? no le pagó los honorarios.

Al venir á Madrid á estudiar el doctorado yo le decía á Godínez que tenía una cara muy triste.—Godínez no te aflijas, tú sabes muchas leyes que es lo principal para ti. Es indudable que pudieras haber pasado el verano más entretenido... cuando las leyes, cuando el amor, porque doña Justa aun está de buen ver; pero consuélate... todavía te podía haber salido peor la cuenta si yo me caso con Florita. Me hubieras ganado el pleito y entonces sí que era un verdadero caso de risa. Tú que jamás quisiste apuntarme... haberme hecho la fortuna.

TOMÁS CARRETERO

## R I M A

### I

Yo la quise... la quise un segundo.

¿Qué digo? Un momento,  
el momento terrible en que el alma  
se aleja del cuerpo.

Y en aquel instante, me hirió su mirada.

¡Fué un instante eterno!  
Aquella mirada tan triste, tan corta  
me confió un secreto.

No puedo quererle, no he querido á nadie  
¡corazón no tengo!

### II

¡Ya llegó la noche! ¡Qué noche tan triste!

Hacia el cementerio  
dirijo mis pasos. ¡Ya llegué á su tumba!  
¡Voy á ver si es cierto!

La tierra aun estaba reciente movida,  
descubrí su tétetro,

levanté la tapa, separé del rostro  
los rubios cabellos  
y en aquella frente tan blanca, tan pura  
deposité un beso.

### III

Y después, agitado, nervioso  
temblando de miedo  
sin piedad ninguna, sin llorar siquiera  
desgarré su cuerpo.  
Busqué su corazón. ¡Empeño vano!  
¡Ya no estaba en el pecho!

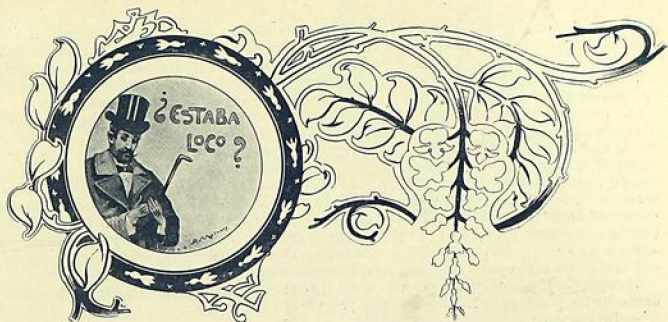
### IV

Y es que aquel corazón era tan puro  
tan hermoso, tan tierno,  
un corazón de virgen, tan sencillo,  
tan grande... tan inmenso  
que no quiso podrirse aquí en la tierra,  
y voló con su alma hacia los cielos.

ANTONIO MARTÍN GAMERO







No contaba aun veintiocho años y Luis había conseguido todo lo que otros se afanan en vano por obtener. Sus sueños se trocaban en realidades sin esfuerzo; nada podía ambicionar que no hubiese ya conseguido.

Quiso ser el rey de la moda, quiso que sus cuadras fuesen las mejores, que sus joyas fuesen las más ricas, que su palacio fuese el más suntuoso, y poco, muy poco tardó en conseguirlo. Ansió más tarde amar y ser amado, pero no con un amor fugaz y pasajero, sino con un amor durable y eterno, y sintió el amor y vió que con el amor se le pagaba. El buscó la gloria, el aplauso, y se vió de aplausos y gloria coronado. Y, sin embargo, muchas veces se preguntaba si era más feliz que los demás hombres. No tenía nada porque sufrir pero tampoco encontraba motivos para gozar; cuando todo se puede obtener nada se desea; la gloria del vencimiento estriba en la posibilidad de ser vencido.

Mientras otros contemplaban con envidia su fortuna, él la miraba con desprecio; lo que en la generalidad constituía una aspiración, era para él el más profundo de los martirios.

Un día quiso ser feliz haciendo que muchos lo fuesen por su causa y á pesar suyo no pudo conseguirlo. Vió una familia que moría en la pobreza y le ofreció lo necesario para la vida, le aseguró un porvenir honrado y los creyó dichosos para siempre: pues, bien, al cabo de algunos años los vió tan infelices en la fortuna como lo habían sido en la desgracia; antes deseaban pan con que saciar el hambre, ropas modestas con que cubrir su desnudez, hoy deseaban ya galas, hoteles, criados. Aquel pisillo que al principio les pareció un palacio hoy lo consideraban detestable, lo que tuvieron por lujoso teníanlo por pobre, lo que antes fué la meta de sus deseos hoy era el principio de su desgracia. Y le aburría y desesperaba al médico el trabajo de sus visitas, como le aburría y desesperaba antes al jornalero el rudo trabajo del campo, como le desesperó en un tiempo tener que exponer públicamente su miseria.

Trageron á Luis estos y parecidos desencantos decididos propósitos de cambiar de rumbo, y sintió nacer en su mente la feliz idea de poner toda su inteligencia y dirigir todos sus esfuerzos al servicio de la justicia y de la verdad. Quiso brillar en el Foro, quiso defendiendo al inocente atraer á sí bendiciones, sembrar beneficios inolvidables dando la paz y la tranquilidad á las familias, y fué de ver como el éxito coronó siempre sus esfuerzos y cuantos á él, la honra, la libertad ó la vida debieron. Entre otros casos cípole en suerte la defensa de un infeliz sobre el que pesaba terrible acusación; y tanto se esforzó y tanto martirizó su inteligencia que logró al fin llevar al ánimo de los juzgadores la luz de sus ideas, y el acusado se vió en libertad. Todo fué por un momento dicha en aquel hogar desolado, y era de ver como todos le ponderaban, celebrando al par, su suerte, la bondad del cielo y la justicia de los hombres... Y más tarde oyó Luis como en una reunión formada por gente artesana, un individuo se quejaba de su desgracia: «Siempre fui,—decía,—infeliz, me vi perseguido por la justicia, me vi en la cárcel como un criminal... y todo porque los Jueces se habían equivocado. ¡Fíese usted de la justicia humana!»

En nada pues de lo intentado por nuestro héroe había podido labrar la felicidad ajena y se dolía también de no haber conseguido la propia.

Años después al atardecer de un apacible día del mes de mayo un grupo de desocupados y curiosos miraba como un hombre que había cometido la locura de prender fuego á su propia vivienda trataba de salvar los objetos de más valor mientras decía: «Ya he encontrado la verdadera felicidad!» Aquel hombre no era otro que Luis el protagonista de nuestra historia; para todos se trataba de un

loco y esta opinión se robusteció de tal manera con hechos sucesivos, se encontró tan plenamente demostrada al saber que Luis cuando vió reconstruida su casa se arrojó desde un balcón de la misma hasta dar con su humanidad en las duras losas de la acera, que hizo perder su capital para después á fuerza de sudores recobrarlo, que la autoridad hubo de tomar cartas en el asunto y reclusó á nuestro hombre en un manicomio donde fué mirado como el más peligroso de los locos.

La curiosidad madre de casi todas las malas, pero también á veces de las buenas obras, nos hizo visitar á Luis para interrogarle por la razón, si alguna podía haber, de sus desaciertos. Al vernos frente á él formulamos la pregunta á la que sin inmutarse nos contestó: «Yo he resuelto el problema». ¿Queréis ser felices? Tenéis que ser antes desgraciados, pero no os estacionéis, es decir, no tengáis mucho tiempo motivos de dolor ni de placer; la felicidad está en el tránsito de lo primero hacia lo segundo. Cada piedra que vi poner para reedificar mi casa, cada herida de mi cuerpo que sentí sanar, cada puñado de monedas que guardaba cuando toda mi fortuna la había perdido, me trajo un goce inestimable que no pude sentir ni hubiese sentido cuando todo lo poseía. Hay algunos que me compadecen y yo á mi vez los creo dignos de compasión. ¿Cuándo podrán experimentar la alegría que me está reservada para cuando probada mi cordura me den la libertad?... «¡Nunca!»

Salimos del Establecimiento con más preocupaciones que habíamos entrado, y hoy mismo al acordarme de las palabras de Luis me atrevo á preguntar á mis lectores:

—¿Estaba loco?

R. MORALES PAREJA

## ARTE CONTEMPORANEO

Como la mayoría de los artistas holandeses contemporáneos, inspiróse Artz en los sufrimientos de las clases humildes, labradores, marineros, obreros de la industria, etc. En ese cuadro aparece la pobreza en su variado carácter, resignada ó bravia. Otros hubieran comunicado á la escena algo de trágica melancolía, pero Artz se limita á reproducir la impresión de la verdad.



ASILO DE POBRES EN KATWYK, cuadro de Adolfo Artz



## ¡SEVILLA!

A ti, Sevilla del alma,  
á ti, que tanto te quiero  
para contar tu hermosura  
hoy te dedico mis versos;  
pues eres, Sevilla mía,  
por lo fértil de tu suelo,  
por lo franco de tus hijos,  
por esos rostros tan bellos  
que tienen tus sevillanas,  
por tu aroma, por tu cielo,  
por tu luz, por tu alegría,  
lo mejor del universo.  
¡Sevilla! Quien no te ha visto  
no ha visto nunca lo bueno,  
y aunque ya dijo un poeta  
(cuyo nombre no recuerdo)  
*que es rincón del Paraíso*  
yo no estoy conforme en esto;  
porque no es rincón, Sevilla,  
que es el Paraíso entero  
y si alguno lo dudase  
que de por allí un paseo  
y hará, como yo, de ella,  
este sumario, ó compendio.  
¡Sevilla! Ramo de flores,  
mucho alegría y jaleo,  
aroma, luz, poesía,  
mujeres de rostros bellos,  
y aun enmedio de tormenta  
se conserva azul su cielo.  
Allí hay gusto para todo,  
no está nunca, nadie serio  
porque son los sevillanos  
oportunos en extremo  
que hallan siempre nota cómica  
hasta enmedio de un entierro.  
Se vive allí muy á gusto,  
tiene vinos muy selectos.  
allí no se encuentran pobres,  
pues todos tienen dineros,  
porque aquel que no lo tiene  
se bebe dos ó tres *medios*  
que el vino á los sevillanos  
los hace ricos cual Crespo.  
Y por último lectores  
es todo aquello tan bueno  
que el que en Sevilla se muere  
*derechito* se va al cielo,

ENRIQUE DE LUIS





EL DERECHO DE LA HORCA Y CUCHILLO (episodio de la historia de Amberes), cuadro de Ouderaa



¿Por qué aquel día estaba más triste y pensativo que de ordinario Luis, el pobre presidiario? Ahora lo sabremos.

Aquella espantosa vida de penitencia que tomó en un principio con resignación, como justo castigo de su falta, llegó á parecerle imposible sostenerla un día más; aquellos rudos trabajos, aquellas continuas humillaciones recibidas al principio con paciencia fuéronle más adelante incapaces de sobrelevar, superiores á sus fuerzas.

Centa, ese solo nombre le causaba ya horror; en ella transcurría lenta, muy lenta la época más negra de su existencia. ¡Cuántas lágrimas silenciosas y amargas había derramado en las profundidades de sus calabozos lóbregos, tan oscuros como el horizonte de su vida!

Aquel cabo de bara que le golpeaba sin piedad por el foragido que tenía á su cargo, y, sin embargo, veíase verdugo de entrañas más negras que las del peor foragido que tenía á su cargo, y, sin embargo, veíase obligado á rozarse continuamente con él, á él que le mandaba porque era mucho más criminal. Y Luis pensaba en la evasión, como único remedio á su desgracia, como el solo lento para su alma enferma de tristeza. Huiría, sí, marcharía á territorio marroquí; tan solo un kilómetro le separaba de él, abrazaría la religión del Islam, y en su futura vida entre aquella gente de raza distinta á la suya trataría de olvidar, sería feliz.

He aquí porque el pobre confinado hallábase tan dolorosamente abstraído.

Y un día, aprovechando un descuido del terrible cabo, separóse de sus compañeros de infortunio, con los cuales trabajaba en unas fortificaciones que se construían en el recinto de la plaza, y escapó á todo correr en dirección del campo agareno. Cuando llegó á él paróse y volvió la vista atrás. A lo lejos divisábase Centa; allí quedaban revoloteando las imágenes de los sueños de su juventud, imágenes de libertad, nostálgicos recuerdos de unos padres que le amaron y que quizá jamás volvería á ver, y un suspiro escapóse de su pecho.

Era una hermosa mañana del mes de mayo. A la luz del sol naciente brillaba con sangrientos reflejos la media luna de metal dorado del alminar de la mezquita del Serrallo; la esplendente campaña africana sembrada de multicolores florecillas extendíase en lontananza, cual magnífico tapiz. Y

allá entre las brumas plateadas de la mañana levantábanse las enormes ramificaciones del Atlas, con sus nevadas cumbres, algunos de cuyos picos, entre ellos el monte Miltsein, ofrecíase á lo lejos con aspecto fantástico y austero.

Luis hacía horas que caminaba ya; apenas si se detuvo para comer algunos chumbos de los que hallábase sembrada aquella vega; con aquel pequeño refrigerio cobró nuestro prófugo nuevas energías y anduvo hasta el medio día.

Cual nuevo hijo pródigo su patria ni hogar sentóse á la fresca sombra de un lentisco, y allí, apoyada la cabeza entre las manos permaneció largo rato sumido en dolorosos pensamientos. Luego, como un autómatas que obedece á la acción de un mecanismo y no á los impulsos de la vida, levantóse y continuó su camino lento y percosamente.

Penetró por el boquete de Anghera. Allí la decoración cambió completamente de aspecto. A la brillante vegetación sucedió un terreno escabroso y árido, y entre las peladas rocas algunos robles seculares extendían sus robustos brazos. Algunos moros de las kábilas vecinas vagaban por aquellos contornos con sus espingardas á la espalda.

Todo respiraba monotonía y lúgubre tristeza.

Si Luis no hubiera ido tan abstraído hubiera visto como á su derecha dejaba las ruinas de la casa del «Yadú», y más allá, entre espesos zarzales, la solitaria del «Renegado».

El suelo hacíase cada vez más agrio é impracticable; y después de dos horas de fatigosa marcha encontróse el expresidiario en lo más alto de Monte-Negrón.





Era el mes de mayo del 98, mes en que la Naturaleza derrama sus beneficios, cubriendo los campos de olorosas flores, y el sol con sus dorados rayos corona la creación hecha por el sabio Arquitecto del Universo.

La campana toca el Angelus. La luz de la luna caía como plateada lluvia, iluminando el reposo de la Naturaleza.

Por oculta callejuela caminaba lentamente Juan, joven que, al parecer, frisaba en los veinte años, tipo elegante, de ojos llenos de fuego y energía, erguido cuello y de rostro simpático y bondadoso.

Pensativo y cabizbajo se dirigía á la reja de su novia María, hermosa muchacha de quince abriles, de ojos azules, de cabellos de oro, una verdadera virgen de Murillo.

La quietud de la noche, el murmullo del arroyo eran los únicos testigos de aquellas dos almas enamoradas.

Juan se acercó á la reja, donde ella le esperaba como de costumbre. Durante algunos segundos permanecieron silenciosos, al cabo de los cuales empezaron su acostumbrado diálogo.

—Te idolatro, María, con un amor ciego, vehemente, que si me llegaras á olvidar te juro que morirías en mis manos hecha pedazos. ¿Es cierto ó no que me amas, no obstante los obstáculos de tu familia? Respóndeme, no vaciles en desengañarme.

—Juan, mi corazón destrozado por las preocupaciones de los míos, las lágrimas vertidas por ti y... ¡dudas que yo te ame! Desecha ese pensamiento. Mis padres son opuestos á nuestros amores por que eres pobre é hijo natural, pero... ¿qué importa? Cuantos inconvenientes se me presenten yo los venceré y continuaré amándote hasta la muerte.

—¡Cuanto vales alma de mi alma! Esas miseras conciencias, esos espíritus despreciables, ese ente que quiere robar nuestra felicidad, todo, todo caerá á mis plantas como el tigre á las garras del león. Si yo fuera rico, no anduvieran esos seres limpios de mollera y de bolsillo ocupándose de cosas que en nada rebajan el decoro del hombre, y entonces ante los ojos de tus padres sería el más aristócrata de la tierra. Ese Ignacio de quien tú me hablas, que es el elegido por tus padres para obtener tu blanca mano, es muy rico, según aseguran algunas lenguas del lugar, y ¡claro! el preferido para unirse á ti. Pintaré á la ligera el tipo de Ignacio. Es un joven de veintitres años, alto y delgado, nariz puntiaguda, de ojillos vivarachos, y, por último, según me enteré más tarde, tiene pretensiones de señor feudal.



Ya que conocemos los personajes de esta historieta pasemos á la tragedia que según Echegaray:

En este mundo traidor  
muchas veces vida mía  
lo que comienza alegría  
suele acabar en dolor.

A la hora de costumbre salió Juan en dirección á la reja de su amada. La noche no se presentó tan buena.

Parece que como dice el adagio: «El hombre propone y Dios dispone». En efecto, á poca distancia de la reja le esperaba Ignacio, su terrible adversario.

Juan iba pensativo y al encontrarse con su rival éste le dijo que deseaba hablar dos palabras. Juan le siguió.

—Empieza á hablar que tengo prisa.

—¿Por qué te empeñas en moler mi paciencia? ¿No sabes tú que los padres de María son opuestos á que hables con ella y que yo soy el elegido para alcanzar su mano?

—¡Tú el elegido por los padres! Lo sé, pero María no será para ti; esa mujer será mía.

—¿No sabes, imbécil, que María no puede unirse á ti porque eres pobre y un bastardo? Contesta, y para probar lo dicho empuña tu pistola y al que sobreviva á ese le pertenece.

—Soy pobre, es verdad, bastardo, lo sé también, pero mil veces más honrado que tú. Ahora bien, tú has creído acobardarme, y para probarte de que no lo estoy, batámonos de una vez y el ileso se apoderará de ella.

La lucha comenzó.

Ignacio cayó herido por el pobre y bastardo Juan.

María estaba detrás de la reja, oyó las palabras y presencié la lucha, y, al acercarse Juan, le preguntó: —¿Qué has hecho?

—Lo que hace todo hombre, matar al que ofende mi dignidad y quiere robar nuestro bienestar. Ahora, María, huyamos de este lugar y vayamos á gozar de la dicha de los seres que se aman.

Ella resistió, pero á las súplicas de Juan se lanzó á la calle.

Lo que después pasó no lo sé.

MANUEL FERNÁNDEZ



Ayuntamiento de Madrid

Con el  
los señores  
dores el  
del album

BI

Sidonio  
Zola.

La piel  
Bernard.

El amor  
rellano Sch

La volu  
Emilio Zol

El fin de  
Alexis.

Santiago  
Zola.

La fiesta  
Zola.

El secreto  
de l'Isle A

Sin trab  
Los sufi

(Ilustrada)  
El maes

rico Soulié  
La inocen

por Carlos  
Para pec

instrucción  
za de Tetu

Muy g  
se han h  
pero poc  
con el de  
el callici  
que se p

CUA  
CON UN

\* \*  
\* \*  
\* \*  
\* \*  
\* \*  
0 0 0

Sustituir  
por letras  
horizontale  
1.ª (Luis  
y miembro

RESERVAT

# PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno octavo de regalo, del album **JÓYAS DEL ARTE**.

## BIBLIOTECA ROSA

*Sidonio y Mederico*, por Emilio Zola.

*La piel de León*, por Carlos de Bernard.

*El amor de una muerta*, por Aureliano Scholl.

*La voluntad de una muerta*, por Emilio Zola.

*El fin de Lucia Pellegrin*, por Paul Alexis.

*Santiago Damour*, por Emilio Zola.

*La fiesta de Coqueville*, por Emilio Zola.

*El secreto del cadalso*, por Villiers de L'Isle Adam.

*Sin trabajo*, por Emilio Zola.

*Los sufrimientos de un húsar*, (ilustrada) por Paul de Molènes.

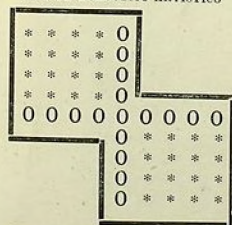
*El maestro de escuela*, por Federico Soulié.

*La inocencia de un presidiario*, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

Muy grandes descubrimientos se han hecho ya en años mil, pero pocos rivalizan con el de **LADIVONSIM**.  
el callicida mejor que se pueda concebir.

## CUADRADOS UNIDOS CON UN ACROSTICO ARTISTICO



Sustituir los ceros y asteriscos por letras que exprese en líneas horizontales y verticales:

1.ª (Luis) célebre pintor francés y miembro de la convención. (de

Angers) célebre escultor también francés.

2.ª Arbol de la familia de las coníferas, muy alto y de hojas persistentes que crece en parajes frescos.

3.ª Apellido de un escritor contemporáneo.

4.ª Isla jónica.

5.ª CÉLEBRE ESCULTOR FLORENTINO. (Simón Donato) hermano del anterior y también escultor.

6.ª La tierra ó sitio sin cultivar ni labrar.

7.ª Borde del globo del sol ó de la luna ó del instrumento con que se observan los astros.

8.ª Descendiente de Abraham en la Mesopotamia.

9.ª Especie de tela fuerte de Bretaña.

## NOVEJARQUE

### CANTARES

Un día deposité en su sepulcro una flor y allí está sin marchitarse igual que mi corazón.

No sé como está mi lira que cuando quiero que cante en vez de cantar suspira.

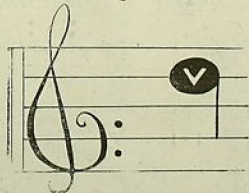
¿Qué tengo? No sé; más siento que mi pobre corazón lucha con mi pensamiento.

Un ángel se me marchó y otro ángel hallé en la tierra: Aquel me quitó la vida y este quiere devolvérmela.

Vanidad de vanidades dicen que la vida es; ¡plastima que esta verdad no se suela conocer!

Me dejas sola en la calle y eso á mi no me contrista

## JEROGLÍFICO, por Novejarque



que es mucho el daño que me hace una mala compañía.

Si me vieras desgraciado ríete de mi desgracia; no se te ocurra llorar porque llorando me matas.

RAFAEL FERNÁNDEZ ESTEBAN

## Las soluciones en el próximo número

### SOLUCION

el pasatiempo del número anterior

### Acrostico pictórico sinonímico.

Rico = Cresco.  
Inspiración = Éstro.  
Bella = Hermosa.  
Ala = Hileria.  
Lecho = Cama.  
Talento = Entendimiento.  
Alma = Espíritu.

### CORRESPONDENCIA PARTICULAR

J. de N. - Valencia. - La composición á que se refiere no pudo salir al fin de espacio y no haber publicado almanaque, habiendo pasado así su oportunidad. La poesía que ahora ha enviado es buena, pero demasiado larga.

M. O. - Madrid. - El artículo llegó demasiado tarde.

A. G. R. - Cáceres. - Mucho lo agradecemos el favor que nos dispensa con sus envíos, pero resulta que la poesía no está á la altura de la orla, y además tenemos verdadero exceso de estas.

A. P. - Madrid. - Déjala usted casaca: con quien quiera, aunque sea con ese vil berrera. J. S. E. D. - Santiago de Chile. - Me cabrá especial complacencia en publicar su artículo. En cuanto á lo que nos dice, lo estimó como galantería. ¡Ojalá fuéramos capaces de lo que usted, en su excesiva modestia, quiere suponer!

I. J. M. - San Sebastián. - Es absoluta, material, insuperablemente imposible devolverle el cuento. Quedó hecho pavesas en uno de los autos de fe semanales á que procedemos con los trabajos que no sirven. Aquí no gastamos ceñor; ó á la imprenta ó al fuego purificador.

C. P. - Alcoy. - Reconozco que, en siete, me envió usted un sello para que le contestara particularmente, pero se figura usted que con eso tiene derecho á contestación por correo? Pues se equivocó usted. No hay tal derecho; es una cuestión debatida y resuelta en el sentido que le digo. Usted no puede obligarme, gastándose quince céntimos, á que yo pierda un cuarto de hora de trabajo.

Jaime Siete. - Lérida. - No quiero demorar la inserción de sus versos, á lo menos en parte, y ahí va:

Eres preciosa, muchacha como un farro de arropa y las agujas trinan de entusiasmo cuando se posan en tu moño.

Crea usted que llegará á la inmortalidad si continúa así.

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA \* INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTE RELUCIMIENTO "PEPITORIA" EDITORIAL "LA INFERIA", PLAZA DE TETUÁN, 50 - BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid



RUSIA



INFANTERIA: GRANADERO